El muro

Valeria Torroba Colombo

Capítulo 1

Robin se agarró a los lados del podio.

"Hola, mi nombre es Robin. . . y soy alcohólico. Recuperándome."

Una habitación de unas sesenta personas lo saludó. Una habitación que, según Robin, se parecía demasiado a un bar. Maldita sea, están mirando fijamente.

"No he tomado una copa en cinco meses y medio", dijo Robin con voz chillona. La idea de pararse frente a la gente y hablar de su vida privada casi forzó su sobriedad a la jubilación anticipada. Pero aplaudieron, y él le correspondió con una sonrisa. No lo están juzgando. Solo no les debe decir todo.

“Comencé a beber en la escuela secundaria como la mayoría de las personas. Con todas las razones habituales en todo mundo, por supuesto: Papá me dio un mal rato, mi mejor amigo lo hace, los padres pelearon demasiado, y ..... ”

Manténlos juntos, hombre.

". . . Se puede decir que tuve algunos problemas de confianza ".

Se aferraron a cada palabra que él dijo. Eso era genial.

“Después de la escuela secundaria se convirtió en algo social, pero empeoró después de que mi madre murió. Perdí un par de amigos también. Las chicas no estaban demasiado interesadas en los chicos con problemas de autoestima ".

Algunas personas pensaron que era prudente reír, pensando que era una broma. Pero podía ver que la mayoría de ellos sentía su dolor. Probablemente lo compartió.

Robin miró hacia abajo el tiempo suficiente para exponer su incomodidad hacia lo que vino después. "Luego vino el accidente. El coche se volcó y me caí por la ventana. Me rompí la pelvis, parte superior de la pierna, me disloqué el hombro ".

No les digas "Y mi novia me dejó después de eso". ¡Eso es suficiente! ¡Por favor!

La habitación estaba en silencio.

"Entonces realmente me enganché. Beber ayudó mucho con el dolor. Está todo mucho mejor ahora, pero todavía se pone muy mal en días fríos como hoy ".

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la chica estaba sentada en el fondo de la habitación, junto a un asiento vacío y detrás de un chico que parecía demasiado feliz para estar sobrio.

No podía decir si era la forma en que su cabello fluía sobre sus orejas o cómo se sentaba con los dedos entrelazados, pero algo en ella le recordaba a su ex prometida. Dios la extraño.

"¿Qué haces para vivir, Robin?", se levantó una voz entre la multitud.

"Soy el cuidador de un aserradero en las afueras de la ciudad. Solía □□enseñar, pero eso no coincidía exactamente con mis hábitos de bebida. De todas formas. Solo decidí venir aquí ahora, porque es difícil mantenerse en el camino si uno no tienes amigos sobrios. Pensé que este podría ser un buen lugar para comenzar a buscar ".

Aplaudieron y le dieron unos abrazos incómodos, asegurándole que estaba en buena compañía. Robin no podía recordar la última vez que alguien le dio un abrazo. Tal vez él estaba en un rollo de algún tipo; la justa madre naturaleza pagándole por su sobriedad.

Ya sea eso o una racha de suerte, se liberó de la manada y se acercó a la chica.

* * *

Robin Cortese, o mejor dicho Reinaldo Cortese, tal era su verdadero nombre, salió por la puerta principal y se dirigió a la parte trasera del estacionamiento hacia su camioneta. El tráfico era liviano al salir de la ciudad, lo cual era extraño, considerando que eran solo las 7 p.m.

Le desconcertó por qué habían celebrado la reunión tan temprano. Tal vez los alcohólicos en recuperación no debían quedarse hasta tarde.

Un semáforo rojo, el último antes de salir de la ciudad, lo obligó a detenerse. Una botella de vidrio vacía repiqueteaba por la acera.

Reconoció el sonido antes de volverse a mirar.

Sólo era otro vago.

Detrás del bebedor de basura borracho brillaba una luz brillante: la tienda de licores del capitán Calabaza, o Don Ernesto. Abierto casi las 24 horas del día. Una pequeña bebida realmente eliminaría parte de la picadura que aún sentía después de ser rechazado.

Momentos más tarde, su auto salió de la ciudad y se adentró en un sinuoso camino forestal, lejos del tráfico, las luces y los bartenders que siempre están saliendo.

Una ligera niebla se levantó del suelo y Cristian Swerdt comenzó a cantar sobre la libertad. Las sombras se movían en los árboles de la carretera. Robin frunció el ceño. Podía distinguir algunas formas de animales corriendo dentro de la niebla ahora más densa, dirigiéndose hacia la ciudad.

Se volvió hacia adelante y miró hacia la falta de estrellas. Solo quedaban unos pocos, y apenas les quedaban destellos.

Miró hacia abajo justo a tiempo para ver la pared de ladrillo que se extendía a través de la ruta.

* * *

Robin pisó los frenos de su camioneta Chevrolet S10 y la deslizó sobre la autopista.

Nunca había sido un hombre supersticioso, pero con una niebla tan espesa como la nieve y un muro de tres metros que atravesaba la carretera, ciertamente se sentía un poco más abierto a la idea.

La música se detuvo y el auto murió.

Con la vista fija en la pared, buscó a tientas abrir la puerta.

La botella medio vacía de Jack Daniels cayó sobre la pista, el recibo del capitán Calabaza aún en el bolsillo de Robin.

Robin se metió los dedos detrás de la cabeza. La pared de ladrillo se extendía ante él. Corría por las laderas a ambos lados de la carretera y hacia el bosque; su distancia se extendía solo hasta los límites de su

embriagadora imaginación.

Extendió la mano hacia la pared, su mano temblaba, temblaba.

Su cuerpo se puso rígido cuando sus dedos rozaron la pared y las visiones inundaron su mente, visiones de la verdad.

Su padre apareció ante él, sentado en su antigua silla reclinable de la sala de estar, con media botella del Jack en la mano y dos vacías en el suelo. La sala de estar se parecía a como él lo recordaba, atesorado y vencido por el humo. Su padre se volvió hacia él.

"¡Todo es tu culpa! Nunca me hubiera casado con esa perra si no fuera por ti. ¿Me escuchas? ¡Me jodiste la vida!" Robin tragó saliva. "Sí, señor".

No podía recordar cuántas veces su **padre** le había dicho esas frases, pero estaba seguro de que comenzó cuando tenía unos siete años. El olor a neumáticos quemados atrajo la atención de Robin hacia un automóvil al costado de la carretera. Era el Renault de Milca, doblado al medio alrededor de un viejo roble. Ella había sido la que conducía ese día. Simplemente se sentó en el asiento del pasajero, sin decir una palabra mientras ella le gritaba y lo acusaba de beber demasiado.

Todavía estaba allí, atrapada detrás del volante, con el cuerpo partido por la mitad. Robin se volvió hacia su padre, sin emociones. Una botella voló por el aire y se rompió contra su frente. Un cóctel de sangre y alcohol brotó de su rostro.

Cayó, sus ojos ardían como lágrimas con aroma a algo nauseabundo. Robin se arrastró por la pista. Apretó las manos en un charco espeso, gelatinoso, demasiado grueso para ser sangre.

El alquitrán húmedo se pegó a sus rodillas y palmas, estirándose como un chicle canceroso mientras intentaba levantarse. Las sombras lo rodeaban mientras criaturas negras cubiertas de alquitrán se alzaban sobre las fosas de cenizas.

Se arrastraron en ocho patas, acercándose cada vez más a Robin. Chorritos de alquitrán goteaban de sus fauces abiertas, sus ojos de color amarillo pis, lujuriosos. Robin gritó pidiendo ayuda, pero ninguno vino. Varios de éstos seres lo encerraron. Estiraron sus brazos color carbón hacia él.

Ellos lo envolvieron.

Se subieron a él.

Se metieron en él.

Se lo tragaron, dejándolo enterrado bajo el camino.

La gran muralla desapareció, y los gritos de Robin eran ahora apenas audibles.